

Parashat

Vaijí

◆ 12 ◆

יא טבת תשפ"ה

י"ז ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הרה"צ

רבי גמליאל הכהן

רבינוביץ שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיורת

Tiv Hamaasiot

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

"Y se acercaron los días de la muerte de Israel." (Bereshit 47:29)

"Cuando sea mayor... Cuando madure... Cuando tenga más tiempo en la vida... me dedicaré más al estudio, la bondad y las mitzvot. Ahora soy joven, quiero disfrutar de la vida y tengo mucho por hacer. ¿Por qué desperdiciar los hermosos años de juventud en aquello que también podré hacer cuando sea mayor? Como el estudio de la Torá. Con la madurez, uno se vuelve más reflexivo y le da a uno la capacidad de dedicarse a la Torá y al trabajo espiritual. Pero ahora, soy joven, y hay mucho por hacer, tanto en el ámbito del sustento como en el disfrute personal."

¡Ay! Cuán ciertas parecen estas ideas, ¡pero son totalmente equivocadas! El *Yétzer Hará* (la Inclinación al Mal) intenta convencerlos de dejar las cosas verdaderamente importantes para la vejez, cuando, supuestamente, tendremos tiempo y claridad para estudiar Torá y hacer buenas acciones. Pero sabemos que esto es una mentira absoluta. Quien haya visitado alguna vez una residencia de ancianos podrá ver claramente la diferencia: aquellos que durante su vida estudiaron Torá seguirán haciéndolo, y su comportamiento y pensamiento reflejarán a una persona de Torá. Pero aquellos que no lo hicieron, incluso si respetaron y apoyaron a los estudiosos de la Torá, difícilmente podrán comenzar una "nueva etapa" en su vejez y convertirse en estudiosos.

Nuestros Sabios enseñaron: "Entre las personas ignorantes, los ancianos, mientras envejecen, se les trastorna su mente; pero los ancianos de los eruditos en Torá, mientras envejecen, su mente se asienta" (*Tratado de Shabat* 152a). Esto significa que no se adquieren nuevas facultades para el estudio de la Torá o para cumplir *mitzvot* en la vejez.

El poder de la tefilá

"Y te he dado a ti Shejem, una parte más que a tus hermanos, la cual tomé del emorí con mi espada y con mi arco." (Bereshit 48:22)

La traducción de Onkelós sobre la frase de este versículo "con mi espada y con mi arco" es famosa: "con mi oración y con mi súplica".

Los comentaristas se han extendido para explicar por qué la oración y la súplica se comparan con "mi espada y mi arco".

Una explicación hermosa y aceptada la ofrecieron el *Méshej Jojmá* y el Rabino Itzjak Zeev Haleví Soloveichik en sus escritos sobre la Torá, y ambos, como si fueran profetas, se expresan en un estilo similar. Para empezar, hay que destacar la diferencia entre la espada y el arco:

La espada, por su propia naturaleza, corta y mata por la agudeza del filo de su hoja, y no requiere la aplicación de fuerza adicional por parte de quien la maneja. Sin embargo, el arco, por sí mismo, no tiene capacidad alguna para matar; toda su fuerza proviene de la persona que dispara la flecha desde la distancia y le imprime la fuerza de su vuelo. Si apunta con precisión y pone en las flechas la fuerza adecuada, entonces estas impactan –por la fuerza que le imprimió el tirador– en el blanco deseado. Así también, hay dos tipos de oraciones:

La tefilá "espada" –que Onkelós tradujo como "con mi oración"– es la oración que los Sabios establecieron que se debe rezar y son las tefilot que se rezan en público tres veces al día. Esta se compara con una espada, ya que su fuerza y efecto son inherentes a ella misma. El mero hecho de que una persona cumpla con la obligación de rezar en público ya obra en su favor, incluso si no se concentra adecuadamente o no invierte en ella el trabajo del corazón como corresponde. Al igual que la espada que, una vez colocada en el lugar correcto, actúa por sí misma, la tefilá **pública tiene un efecto inherente por el solo hecho de que se realiza.**

La tefilá "arco" –pues Onkelós comparó "mi arco" con "mi súplica"– es la súplica personal que cada individuo realiza desde sí mismo. Esta se asemeja al arco, ya que todo depende de cuánta intención imprime la persona al disparar las flechas de su súplica en su tefilá. Si dirige su súplica correctamente, formula su pedido de manera adecuada y en la dirección correcta, y si su corazón, su alma y su mente trabajan en conjunto con esfuerzo y precisión, tendrá éxito, con la ayuda de Hashem, en dar en el blanco y que su petición sea aceptada ante el Rey que se sienta en el Trono de la Misericordia. Así, su deseo se cumplirá junto con las oraciones de todo Israel. Amén.

Marán, Rabenu Hakadosh, el Ketav Sofer, ZTL, fue conocido y reconocido en todo el mundo como uno de los grandes Justos de Israel, transmisor de la tradición y líder de la nación. Desde su ilustre posición como Rav y director de la *yeshivá* en la gran ciudad de Presburgo, su influencia

se extendió por toda Hungría y sus alrededores, como es sabido.

Su inmensa grandeza en la sagrada Torá y en la conducción de todo Israel, asegurando la preservación de la religión, son bien conocidas. Con sus oraciones puras y su santidad suprema, logró traer muchas salvaciones para Israel, tanto para el colectivo como para los individuos, y muchas historias milagrosas se vinculan con su gran nombre. La siguiente es tan solo una de tantas:

En la casa de un comerciante judío trabajaba un sirviente no judío, un hombre vil y malvado. En una ocasión, al ver al gobernador de la ciudad caminar por las calles por asuntos de negocios, el sirviente aprovechó la oportunidad y, con astucia, robó su cartera llena de dinero directamente de su bolsa.

El robo fue ejecutado con tanta destreza que el gobernador no se dio cuenta hasta mucho después de que el ladrón había desaparecido.

El gobernador, enfurecido por el descaro del acto, convocó a sus consejeros y ordenó una búsqueda exhaustiva del ladrón. “No podemos tolerar tal insolencia en nuestra ciudad”, exclamó, exigiendo que el culpable fuera encontrado y castigado sin demora. Pronto, policías y gendarmes recorrieron cada rincón de Presburgo, inspeccionando casas y deteniendo sospechosos.

El sirviente, al verse acorralado, ideó un plan malicioso para salvarse. Decidió incriminar a su empleador judío, aprovechando la ya extendida animosidad hacia los judíos. Escondió la cartera robada en la casa de su empleador, sabiendo que esto no solo lo libraría de sospechas, sino que también causaría la caída de quien consideraba su opresor.

Días después, los policías llegaron a la casa del comerciante. Tras una minuciosa búsqueda, encontraron la cartera escondida. El comerciante, sorprendido y horrorizado, proclamó su inocencia, pero fue arrestado de inmediato. Para empeorar las cosas, el sirviente declaró falsamente que había robado la cartera por órdenes de su empleador, quien le había prometido una parte del botín. Ante esta evidencia, en un juicio diligente que le realizaron, el comerciante fue declarado culpable y condenado a la horca, sin vacilación de los jueces.

La comunidad judía de Presburgo quedó en estado de shock. Todos conocían bien al comerciante, y su reputación como una persona honesta y de la mayor confianza

era intachable. Cuando la noticia llegó a oídos del Rav Ketav Sofer, este quedó horrorizado. Un hombre honesto e inocente estaba a punto de ser ejecutado por un crimen que no cometió.

Decidido a salvarlo, el Rav utilizó todos los recursos a su alcance. Envío emisarios a las autoridades locales, intentó influir en los funcionarios con sobornos y apeló a los líderes de la comunidad. Sin embargo, nada logró cambiar la decisión del gobernador, quien estaba decidido a hacer de este caso un ejemplo.

Cuando todos los intentos fallaron, el Ketav Sofer decidió viajar a la capital, Budapest. Allí buscó audiencias con altos funcionarios del gobierno. Explicó la inocencia del comerciante con claridad y convicción, afirmando que el verdadero culpable era el sirviente. Sin embargo, los funcionarios se mantuvieron firmes en la decisión del tribunal local, respaldados por la declaración del gobernador. La sentencia permaneció inalterable, y el Ketav Sofer regresó a Presburgo con el corazón destrozado.

En la noche previa a la ejecución, abatido y sin esperanza, el Rav se recostó y, agotado por días de esfuerzo, se quedó dormido. En su sueño, su difunto padre, el Jatam Sofer, se le apareció con un reproche severo: “¿Cómo puedes dormir mientras un hombre inocente camina hacia su muerte? ¡Levántate y reza con todo tu ser! En una noche como esta, no hay lugar para el descanso”.

El Ketav Sofer despertó sobresaltado y, con renovada determinación, convocó a toda la comunidad judía, incluso a altas horas de la noche. Ordenó que todos, sin excepción, se reunieran en la sinagoga central para una noche de oración intensa. Con lágrimas y pasión, lideró a su pueblo en súplicas fervorosas, rogando por la intervención Divina. El Rav se dirigió al público y comenzó diciendo: “Hemos agotado todos los medios terrenales. Ahora debemos abrir las puertas del cielo con nuestras *tefilot*”.

Esa noche, el clamor de la comunidad resonó en los cielos. Cuando amaneció, el Ketav Sofer confiaba en que las súplicas de toda la comunidad no habían sido en vano.

Siguiendo el protocolo local, cuando todo estaba listo para la ejecución, se llevó a cabo un breve juicio en el que se repasaron todas las pruebas y testimonios. Uno de los jueces decidió profundizar en la última revisión del caso. Interrogó nuevamente al sirviente, cuya declaración

Por eso pedimos: “No me abandones en mi vejez” (*Tehilim* 71:9), para no convertirnos en aquellos que pierden su esencia en la vejez, D-íos no lo permita. Si aprovechamos cada momento en nuestra juventud, llegaremos a la vejez con una mente clara, alegría y la capacidad de continuar con aquello que hicimos durante toda nuestra vida: el estudio de la Torá.

había sido clave para condenar al comerciante. Bajo el intenso escrutinio, el sirviente cayó en contradicciones y, sin darse cuenta, reveló la verdad: él era el único culpable. El tribunal, al descubrir la mentira, liberó al comerciante de inmediato y condenó al sirviente al castigo que este había planeado para su empleador.

La comunidad celebró la salvación del comerciante como un milagro. El evento reforzó la fe de toda la comunidad en el poder de la *tefilá* y en la importancia de la unidad comunitaria en tiempos de crisis. El Rav Ketav Sofer, profundamente agradecido, recordó a todos que la salvación no habría sido posible sin la intervención Divina, destacando que incluso las situaciones más desesperadas pueden transformarse con la fe y la *tefilá* sincera.

De esta historia podemos extraer la moraleja del gran poder de la oración, capaz de anular incluso un decreto ya firmado, y la inspiración que genera la dedicación del Ketav Sofer para salvar a un judío inocente.